

APOLONIO

Personajes

Apolonio	Hombre-dios
Akhen	Gran Sacerdote egipcio
La Serpiente	
Kheraton	Sacerdote egipcio
Mendigo	Proteo
La mujer	Madre de Apolonio
Tres esclavas	
Dos guardias	
Tres parteras	
Dos griegos	
Tres vendedores egipcios	
Tres compradores egipcios	
Oficial romano	
Dos guardias romanos	
El halcón	

Prólogo

Antes de abrirse el telón un mendigo con unos sacos, líos o atados donde guarda sus míseras pertenencias intenta pasar de un lado al otro, pero alguien desde adentro no le deja salir, no le deja pasar.

Mendigo.- ¿No puedo pasar? ¡Dime! ¿Por qué? Toda la tierra es mía, y se me la da para viajar por ella.

El Mendigo ha logrado pasar y avanza delante del telón. Está cansado, triste, desilusionado. Se sienta en el suelo y rebusca entre los bultos que cargaba. Halla un poco de pan y come.

Mendigo.- ¿Dónde he venido a parar en mi largo peregrinaje? Ciudades extrañas emergen y se acumulan como sarna por todo el planeta: Ur, Eridu, Lagash... ¿Y de qué se alimenta esa gente? De la carne de los animales degollados: de los bueyes, de los carneros, de los cerdos... ¡Qué asco! Viven de sangre y de muerte... Después se llenan de vino, como odres o de cerveza y caminan atontados, como si fueran lunáticos... La gula y la lujuria los atormenta... Pobre gente, ha perdido el respeto de sí mismo. *(Se levanta. Acomoda sus pertenencias. Busca entre el público que asiste al teatro. Grita).* ¡Apolonio! ¿Dónde te escondes? Entre los samaneos del Ganges te he buscado; entre los astrólogos y adivinos de Caldea; entre los sacerdotes y los magos de Babilonia... *(Mira, como arrobado al público).* ¿Han visto ustedes a un hombre

pacífico, que viste de blanco? Su pelo es largo, ensortijado. Sus ojos son penetrantes como el acero. Su rostro resplandece como el de los dioses... ¿No lo han visto? No se incomode usted, señor. No tenga preocupación usted, señora. No soy un asaltante de caminos. Nada les pido. Guarden sus rutilantes monedas. Un pan seco me basta y sobra. (*Pensativo*). Bulliciosa, vacía e indiferente es la multitud. Nadie se acuerda ya de ti, divino Apolonio. Capadocia ha sido tomada y el recuerdo de sus dioses, borrado para siempre. Ya no existen dioses en Capadocia. Los romanos los expulsaron. Los que lograron esconderse en las montañas tuvieron que disfrazarse de pastores, por temor a ser deshonrados... Los llamo por sus nombres y no responden. Todos los antiguos dioses han muerto. Saltimbanquis y prestidigitadores los han reemplazado en las plazas públicas. (Grita). ¡Apolonio! ¿Dónde estás? ¡No te encuentro entre los druidas galos, ni entre los gimnosofistas que se alimentan de flores y de frutos! ¿Estás en Nínive, capital de Asiria? (*Al público, gritando*). ¡Incrédulos! Solo quieren milagros, milagros, milagros... (*Sale*).

Escena I

Egipto: una cripta sombría y desnuda, en el templo de Abidos. Un viejo y ciego sacerdote está sentado sobre una especie de trono y medita. La serpiente lo mira, desde el primer plano. Espera el momento oportuno para acercársele.

Akhen.- Pesadas y enormes son las columnas que sostienen este templo de Abidos, consagrado a la santísima trinidad de Osiris, Isis y Horus. Tres personas distintas, tres dioses verdaderos. Infinitamente grandes son los secretos que encierran estas bóvedas. Estas profundidades inviolables guardan celosas los ritos de la resurrección osiriaca. (*Trata de levantarse, pero un agudo dolor le impide*). ¡Huff! Agudos son los dolores de este gastado cuerpo. Mi tiempo ha llegado, por fin. El anhelado día de mi partida está a las puertas. Viejo soy. Esta pobre carne ha cumplido ya; harta de mí, abandonada por la energía vital que solía mantenerla enhiesta, está lista para desintegrarse. ¿Será por eso que me invaden visiones y sueños extraños y perturbadores?

Entra la serpiente. Se arrastra pesadamente y se acerca hasta el trono del viejo sacerdote.

La Serpiente.- ¿Sueños perturbadores? (*Aparte*). Esto se pone interesante. (*Al Gran Sacerdote*) ¡Es propio de los ancianos el perder la razón! Demencia senil llaman algunos a este defecto. ¿Y dime Akhen... solamente por curiosidad, de qué trataban esos turbulentos sueños?

Akhen.- Soñé que una serpiente y un león jugaban a los dados. Los dos estaban sentados, en la mitad de una playa desierta. El mar azul respiraba tranquilo, como un niño que descansa en brazos de su madre. Las olas lamían la playa con voluptuosidad. Se diría que cantaba el mar una sonata antigua... Pero la serpiente hizo trampa y el león se puso furioso... Un momento... ¿Quién eres tú? ¿Eres real o eres tan solo el producto de mi exacerbada imaginación?

La Serpiente.- (*Aparte*). Típico de las serpientes hacer trampa. ¡Qué mala fama la de los ofidios! Por eso estamos como estamos. (*Al Gran Sacerdote*). ¿Me preguntas quien soy? No temas. Soy una amiga. Algunos me llaman serpiente y otros... curiosidad... o mejor... invención... ciencia... revelación. En realidad, me especializo en abrir los ojos a los ciegos... ¿Y dime... qué es lo que apostaban los que jugaban en la playa?

La serpiente se acerca al Gran Sacerdote; éste aferra el flexible y helado cuerpo del animal pero no logra retenerlo.

Akhen.- Escamosa es tu piel, fría y flexible. He capturado entre mis dedos la perfidia de tu espíritu. No lo puedes ocultar. Tú eres la serpiente... ¿Qué hace un ser de las sombras en este templo

de la luz? ¿Dónde está el león? ¿Por qué no ha venido? Y dime, serpiente... ¿Sigue en pie la apuesta? No entiendo por qué razón se esfuerzan tanto los dos por un premio tan vano e intrascendente...

La Serpiente.- ¿Un premio? ¿Entonces hay un premio en juego? ¿Vano e intrascendente?

Akhen.- ¿No son fugaces, efímeros e ilusorios el poder y la gloria? Tú y el león se disputaban poder y gloria... A mi edad, con la muerte rondando a mis espaldas, tan cerca, que hasta percibo su fétido aliento... ya nada me parece importante...

La Serpiente.- ¡Poder! ¡Gloria! ¡He aquí unas promesas de veinte y cuatro quilates, por las cuales se puede matar o morir! Tus palabras me han conmovido, Akhen. Cuántos sacrificios, cuánto incienso y mirra; cuántas flores cortadas de cuajo, deshojándose irremediamente; cuántos animales degollados en los altares; cuánta sangre. Todo esto quedará atrás, olvidado para siempre. Y tú, el sacerdote arquitecto, el sacerdote astrónomo, hijo de sacerdote. Tú, el celoso guardián de los secretos de la magia real, has de partir solo, sin que nadie te acompañe hacia la eternidad... sin pena ni gloria...

Akhen.- Esa es la inexorable ley decretada por los dioses. Todos debemos morir algún día... Apártate ahora, inmundo reptil y no perturbes la santidad de mis meditaciones.

La Serpiente.- Las doce puertas de la noche están abiertas y la Gran Glotona, cuyo nombre no debo mencionar, te aguarda con su boca enorme de cocodrilo. Mendiga ya tú alma; quiere alimentarse con tu *Ka*, como si ya hubieras muerto...

Akhen.- ¿Crees que tengo miedo? Aún recuerdo el día que me trajo mi padre para que viviera con él, en este templo, al servicio de los dioses. Era casi un niño... Mi vida entera la he entregado en cuerpo y alma al estudio de las grandes revelaciones y a la práctica de los ritos sagrados... Con un corazón puro he reverenciado a la Enéada. He servido honradamente a los faraones y a los nueve dioses. (*Se pone de pie y recorre una por una las estatuas de los dioses, inclinándose ante ellas con devoción*).

La Serpiente.- Y ahora, cuando ya estás viejo; cuando ya casi no te puedes mantener en pie y la saliva chorrea por tus labios, incapaz de sostenerla; cuando se aproxima el momento de tu partida... te consume la más negra incredulidad...

Akhen.- (*Detiene en seco su caminar. Se vuelve enérgico, duro e increpa a la serpiente*). ¿Incredulidad? ¡Mientes! ¡Mi fe está más sólida que nunca! ¡Aléjate de mí, espíritu inmundo! No quiero escuchar tus palabras... (*Grita*). ¡Ankh!, ¡Onza!, ¡Senb!

La Serpiente.- ¿Ankh?, ¿Onza?, ¿Senb? Vida, salud y fuerza. (*Con astucia*). Al fin hablas con cordura... y abres ante mí tu acongojado corazón... Yo puedo hacer realidad tu más íntimo anhelo. Puedo lograr que retornen nuevamente a ese cansado cuerpo la vida, la salud y la fuerza...

Akhen.- ¿Y empezar todo nuevamente? ¡No! ¿Pero qué he dicho, oh insensato? Que la fuerza me abandone, que mi salud se corrompa, que la dulce vida se quiebre en mí... Ven, fiel Anubis y condúceme ante el Altísimo Tribunal. Oh, gran Anubis protector de los muertos purifícame y redímeme. (*El sacerdote se postra de bruces y permanece así, cubriéndose los oídos, para no escuchar el sibilante lenguaje de la serpiente*).

La Serpiente.- Recuerda Akhen, viejo amigo. Recuerda que puedo abrir para ti el libro sagrado. Pronunciaré para ti las palabras secretas. *Ankh, Onza, Senb*. Todo depende de ti. Sé de memoria el rito... Llámame y vendré... Invócame, Akhen, cuando te hayas decidido.

La serpiente abandona la escena. Kheraton ingresa con una antorcha encendida.

Akhen.- ¿Quién eres? Dime tu nombre. ¿Eres acaso Anubis y has venido a mi encuentro? Mis ojos cansados no distinguen tu rostro pero percibo con claridad la luz que portas. Su resplandor me permitirá entrar al mundo de los muertos. (*Se levanta y se aproxima hacia la luz de la antorcha*). Aquí me tienes. Te espero desde hace tres días, en esta penumbra. En ayuno total, purificado hasta las mismas entrañas. Estoy listo. Mi corazón y mi lengua le pertenecen al Uno. Soy el esclavo del Altísimo. (*Cae postrado de rodillas*).

Kheraton.- Aún no ha llegado tu hora, Gran Sacerdote. Anubis no ha venido por ti. Soy tu antiguo discípulo, Kheraton.

Akhen.- ¿Kheraton? ¿Acaso Ptha, el creador, no ha mandado por mí? Viejo soy y achacoso está mi cuerpo. ¿A qué has venido? ¿Por qué razón perturbas la paz de los moribundos?

Kheraton.- Alabados sean los sagrados dioses del Egipto y bienaventurado sea el Faraón. Te encuentro vivo aún y mi alma se alegra. Hoy es el gran día de las iniciaciones. Los que van a recibir la luz de la verdad esperan ansiosos por ti. Debo lavar tu cuerpo. Te vestiré adecuadamente para la ceremonia. Accede a mi ruego, Gran Sacerdote...

Akhen.- (*Se levanta lentamente*). Te sigo obediente, ¡oh Anubis! Mi boca alaba la grandeza de los dioses y mi corazón salta de júbilo. (*A Kheraton*). Toma mi mano abre para mí las puertas del mundo subterráneo, débiles son mis huesos. Conduceme ante Osiris. Tu luz fulgurante me sea favorable. Que Osiris me cuente entre los justos...

Salen Kheraton y el Gran Sacerdote.

Telón

Escena II

Una playa desierta, en la isla de Faros, en el delta del Nilo. Al fondo, las leves y tranquilas olas se doblagan pacíficamente sobre la arena, rendidas por sus eternos abrazos. Se escucha el canto del mar, sereno, mágico, como un susurro. Al fondo, un grupo de focas juega con la arena. Un mendigo descalzo duerme apaciblemente mientras el sol de la mañana se levanta perezoso e inicia su diaria caminata por el azul del cielo.

Voz de Isis.- Duerme Proteo, profunda y apaciblemente. Disfruta mientras puedas de estos encantadores amaneceres. Pronto cambiará tu destino. Yo, Isis, te lo anuncio. Dos vidas vivirás. En dos mitades serás dividido por voluntad de los dioses. La una, animará el cuerpo de un mendigo; la otra, el sacrosanto cuerpo de un dios vivo, santo y puro... Entonces serás llamado Apolonio y los hombres guardarán un grato recuerdo de ti. ¿No era esa la gloria que buscabas? Cuando juegues tu Destino a los dados, con la gran timadora, invoca mi nombre.

Una serpiente se aproxima hacia el mendigo y muerde uno de sus talones, por la planta del pie.

Mendigo.- ¡Ay! (*Toma entre sus manos el talón herido*). ¡Agudo dolor! ¡Ay ayay! ¿Quién se atreve a perturbar mi sueño? (*Se incorpora y ve a la serpiente, que huye*). ¡Detente, maldita! ¡Te he dicho mil veces que no tiene caso! Estúpida sierpe. Tus colmillos no son lo suficientemente poderosos para herir mi calcañar.

La Serpiente.- ¡Qué bochorno! No ha sido culpa mía. Yo, la bella, la hermosa cobra real, símbolo del poder de los faraones del Egipto, he sido vilmente engañada una vez más. Esto me pasa por despistada... ¿Eres, acaso...?

Mendigo.- Si, soy yo. No te equivocas.

La Serpiente.- ¿Digo... podrías ser más explícito? Solo para estar segura... Tú no eres un vulgar mendigo. Eso se nota a leguas... Tienes clase... Eres... eres...

Mendigo.- (*Se pone de pie, con gran majestad.*) ¡Ahora abriré mi capa y descubriré ante tus repugnantes ojos mi verdadera naturaleza!

Al abrir su capa el mendigo, queda al descubierto un león alado que ruge. La serpiente retrocede aterrorizada.

La Serpiente.- ¡Qué susto me has dado! ¡Espera! Recuerda que los leones no se alimentan de serpientes. En realidad las detestan. Nuestra carne es tan sosa... ¡No te me acerques! (*Con astucia, para ganar tiempo*). No me digas tu nombre. Déjame adivinar quien eres. Vives cerca del mar... apareces como un mendigo, pero en realidad eres un león con alas... Ya sé. Eres... eres... un dios...

Mendigo.- ¡Maldita y torpe serpiente! Si, desde luego que soy un dios. Eso puede adivinar el más simple de los mortales, si yo le descubro ante sus ojos mi naturaleza...

La Serpiente.- ¡Un dios! ¡Claro! ¿Quién, sino un dios podría aventurarse a dormir sin temor alguno, solo, en este agreste paraje, plagado de ponzoñas y otras alimañas? ¡Un dios! Me postro reverente ante los dioses. (*Se inclina zalamera*). Como podrás comprobarlo por ti mismo, soy religiosa por naturaleza... Jamás osaría levantar mis comillos contra deidad alguna... ¡Los dioses me protejan de semejante despropósito!

Mendigo.- ¡Ahora, apártate de mi presencia, insolente y repugnante reptil!

La Serpiente.- Si, claro, si. Como tú digas. Como tú lo ordenes. (*Retrocede hasta la salida y retorna*). Una cosa más... Solo para salir de dudas... Te contaré una vieja historia, si me permites...

Mendigo.- (*Cierra su capa y se sienta sobre una roca*). Te escucho. Me agradan las historias.

La Serpiente.- Pon atención... (*Va acercándose lentamente hacia el mendigo, mientras mueve con sutil engaño su lengua viperina*). Dicen los griegos que existió, y que quizá exista todavía, una divinidad marina, de carácter oracular.

Mendigo.- ¿Ora... qué?

La Serpiente.- Oracular, ¿sabes? Esos que suelen conocer el pasado, el presente y el futuro... Dicen que este dios tenía su morada en la isla de Faros, en la desembocadura del Nilo. Esta es precisamente la isla de Faros, ¿No es verdad?

Mendigo.- ¡Sí! ¡Esta es la isla de Faros!

La Serpiente.- Dicen que este dios guardaba celosamente un grupo de focas, propiedad de Poseidón...

Mendigo.- Esas focas que ves, son en verdad de Poseidón. Mira como juegan en el agua y en la arena.

La Serpiente.- Dicen que la hija de este dios era una ninfa, llamada Idótea...

Mendigo.- Demasiadas coincidencias... ¿no te parece? Esos griegos están bien enterados de lo que pasa en el Egipto... Idótea es el nombre de mi hija... ¿A dónde pretendes llegar con tanto rodeo?

La Serpiente.- Dicen que el nombre de ese dios es... Proteo... y que tiene la virtud de transformarse en león, en pantera, en agua, en árbol... y hasta en serpiente... cosa asombrosa, por cierto... Ahora dime... (*Con voz melosa*) Eres tú acaso... Proteo. ¿Eres Proteo, dios del mar? ¿Posee la habilidad de transformarte en cualquier cosa? ¿Puedes transmutar tu forma en algo pe-

queño, por ejemplo en ratón, o en una rana, o en un tierno y hermoso pajarito? ¡Son tan apetitosas las avecitas! (*Aparte*). Si logro que se convierta en un pájaro me lo engullo en un segundo...

Mendigo.- Veo que conoces bien mi genealogía. ¡Sí, yo soy Proteo!

La Serpiente.- ¡Qué cosa más interesante! Proteo, Proteo, Proteo... ¿En realidad podrías convertirte en pájaro?

Mendigo.- Apártate de mí. Has colmado ya mi paciencia. Me convertiré en este mismo instante, ante tus incrédulos ojos, en un halcón real. Agarraré con mis poderosas garras tu cerviz. Levantaré el vuelo hasta lo más alto del cielo y desde allí te dejaré caer contra esas filudas rocas, para escarmiento de tu osadía.

La Serpiente.- No, no, por favor. No hacen falta esas demostraciones tan forzadas. Te creo. No es necesario que te tomes tanta molestia. Juro ante los dioses que tu palabra es ley: representa la verdad absoluta para mí. ¿Para qué desplegar la fuerza de tu poder ante una pobre y solitaria serpiente... que a nadie hostiga...? Mira. Tengo unos dados. Si tienes tiempo... hasta podríamos divertirnos... te propongo una apuesta...

Mendigo.- (*Entusiasmado*). ¿Una apuesta? ¿Un juego de azar? Siempre quise atreverme... pero jamás tuve la oportunidad...

La Serpiente.- Si tú ganas, te puedes convertir en un halcón, en un águila o en un buitre; yo cerraré los ojos, no me defenderé y me podrás devorar a tu antojo: de esta forma obtendrás todos mis poderes. Por el contrario, si yo gano, te convertirás frente a mí en un apetitoso pollito, te quedarás quietito junto a mí, sin decir ni pío y te devoraré de un solo bocado, sin estropearlo, sin despedazarlo, para que no sufras. ¡Eres tan tierno! (*Aparte*). Adquiriré de esta manera todos tus poderes... (*A Proteo*). ¿Te parece justa la apuesta?

Mendigo.- En principio... parece una apuesta justa...

La Serpiente.- ¡Por supuesto que es justa!

Mendigo.- Lanza entonces tus dados, serpiente... y que la suerte favorezca al mejor.

La serpiente lanza tres dados.

La Serpiente.- Dos seis y un cinco. ¿No está mal, verdad?

Mendigo.- ¡Poderosa Isis, en tus manos encomiendo mi Destino!

El mendigo lanza los tres dados.

Mendigo.- ¡Un seis en cada dado! (*Levanta sus ojos y sus brazos al cielo*). ¡Gracias, sagrada diosa! ¡He ganado!

Mientras el mendigo levanta sus ojos al cielo, al comprobar que ha ganado, la serpiente voltea los dados...

La Serpiente.- ¡Fíjate! ¡Fíjate bien en esos dados! Yo veo, desde aquí solamente un seis y dos cincos...

Proteo se enfurece y agarra a la serpiente por el cuello.

Mendigo.- ¡Tramposa, farsante, embustera! ¡Tú viraste los dados!

La Serpiente.- ¡No! ¡No! ¡Bueno... quizá se viró solo ese dado! (*Ahogándose*). ¡Está bien! ¡Suéltame! ¡Hice trampa! ¿Qué quieres? ¡Tienes una suerte increíble! Jamás pensé que me vencerías... Puedes convertirte en águila y devorarme, si ese es tu gusto. Mírame. Ya no me muevo.

Estoy quieta... y espero resignada mi cruel destino... (*Llorando a gritos*) ¡Oh, mi hijo! ¡Oh, mi pobre hijo, quedará huérfano!

Proteo levanta su capa...

Mendigo.- ¡Me convertiré en águila y te devoraré sin misericordia! (*Pausa*). Un momento. ¿Dijiste que tienes un hijo?

La Serpiente.- Un hijo, sí... pero qué importa ya. Una deuda de juego es una deuda de juego... Jamás se diga de mí que no cumplo mis promesas... Adelante: usa tu poder contra una indefensa criatura... Claro que... convertirse en águila no es una hazaña tan formidable... digo, para Proteo, eso es un truco sin mayores dificultades... cualquiera de los dioses menores puede hacerlo... en cambio... convertirte en...

Mendigo.- ¿Convertirme en qué?

La Serpiente.- Si tú... si tú... logras convertirte en... en un hombre... verdadero... la cosa sería distinta...

Mendigo.- ¿En un verdadero hombre?

La Serpiente.- ¡En un hombre verdadero! Nacido de mujer, se entiende. ¡Eso sí que sería un hecho trascendente... para toda la humanidad! Incluso se diría de ti lo que se dice de los más grandes y reputados dioses...

Mendigo.- ¿Y qué es lo que se dice de esos dioses?

La Serpiente.- Que han logrado ser al mismo tiempo verdaderos dioses y verdaderos hombres... Si logras eso... imagínate... tocarías la fama y la gloria con tus propias manos...

Mendigo.- (*Medita, para sí, en voz alta*). ¿La tocaría? ¿Es posible llegar a semejantes alturas? Vaya reto. (*Soñador*) Ser al mismo tiempo un dios verdadero y un hombre verdadero. ¿Es eso posible?

La Serpiente.- Eso es lo que yo pregunto... ¿Es eso posible?

Telón

Escena III

Templo de Abidos, en Egipto. La desnuda y sombría cripta de la primera escena se abre nuevamente ante nuestros ojos. El viejo sacerdote está sentado, achacoso, ciego, tembleque, tumbado sin fuerzas sobre una especie de trono y medita...

Akhen.- ¡Isis! ¡Gran madre! ¡Deslumbrante diosa! Ante tu altar quisiera inclinarme reverente, como antes. Pero el vigor de antaño me ha abandonado y mis piernas se niegan a sostener el viejo cuerpo. He tenido un extraño sueño. Llegabas tú, poderosa señora y abrías mi boca. Pero mi boca era como la de un cocodrilo. Yo mismo era un cocodrilo del Nilo. Que- mamente era el líquido que arrojaste en mi lengua, como cobre derretido... Aún conservo en el paladar su metálico sabor. Pero, claro, los sueños son así, totalmente extraños... No me hagas caso, portentosa señora... Soy solo un pobre viejo...

La voz de Isis.- Yo, Isis, la madre de Horus el bendito, abrí tu boca y regué en ella el licor de la vida.

Akhen.- ¡Oh, locura! ¡Oh, demencia! Viejo soy y debería morir con dignidad. No permitan los dioses que me pierda en la lóbrega noche de la locura. Veo visiones y escucho fantasmagóricas

voces... He oído con nitidez la voz de una mujer. ¿Isis? ¡Sacrilégio! ¿Cómo puedo siquiera pensar, yo insensato, que la poderosa diosa se presente ante mí, que me hable? Ven ¡oh deseada muerte! Listo estoy para el viaje de retorno...

La voz de Isis.- Yo, Isis, he derramado en tu boca el licor de la vida. ¡No ha llegado aún la hora de tu muerte! Ahora levántate Akhen. Acércate hasta mi altar...

Akhen.- Es la serpiente la que me está tentando. ¡Aléjate de mí, inmundo reptil! ¡En el nombre de Osiris te conjuro!

La voz de Isis.- No temas, Akhen. No seas incrédulo, sino fiel. Dentro de tu viejo e inservible cuerpo he vertido nuevamente fuerza, energía y vida. Aparté la ceguera de tus ojos. Fortifiqué tus huesos. Taladré tus oídos y sembré ilusiones en tu corazón. Eres por dentro un hombre re-creado, pero no he cambiado tu piel. Las arrugas venerables he dejado intactas sobre tu rostro y he conservado la blancura de tu cabello, para que no te hinches de vanidad. ¡Ahora, abre tus ojos y mira!

Akhen.- (*Abre los ojos con duda, lentamente. Luego habla con nueva voz.*) ¡Oh luz! ¡Me inunda la luz! ¡Qué nitidez la de las formas! Abro mis ojos y contemplo tu rostro mil veces bendito, poderosa Isis. (*Se levanta como un resorte, de su trono*). Me levanto y me sostengo firme sobre las piernas. Mi voz ha recobrado su metálico timbre. Mis oídos escuchan nítidamente mis propias palabras. (*Grita, con alegría, con emoción*). ¡Soy un hombre nuevo! ¡Soy un hombre nuevo! Oh Isis, ¿qué deseas de mí? (*Se postra ante el altar de la diosa*).

La voz de Isis.- Escucha, Akhen. La Serpiente ha logrado penetrar los muros de este antiguo templo. La hemos visto llegar sigilosamente hasta ti. Escuchamos cuando te ofreció vida, salud y fuerza...

Akhen.- ¿Entonces, fue verdad? ¿Estuvo realmente aquí? ¡Los dioses me protejan!

La voz de Isis.- Estuvo aquí, si. Y vendrá una y otra vez. Te tentará nuevamente... pero tú la engañarás. Fingirás aceptar su oferta. Le dirás: “Abre el libro sagrado. Pronuncia las palabras secretas”. Una vez que lo haga, brincarás frente a ella, como has brincado de gozo frente a mí. Así creerá que ha logrado su propósito. Pensará que ha robado el secreto de la eterna juventud.

Akhen.- Brincaré y saltaré y de ser necesario danzaré y me daré volteretas.

La voz de Isis.- La Serpiente ha parido un bastardo y pretende iniciarlo en los sagrados ritos. ¡Quiere convertirlo en un poderoso dios! ¡Quiere destronar a Ra e instaurar un nuevo y maldito gobierno! ¡Pretende trastocar los actuales valores! Pero tú Akhen mantendrás abiertos tus ojos... porque un día vendrá y se presentará el bastardo ante ti, pidiendo que lo inicies en los secretos de Osiris... ¡Desconfía de todos! A nadie admitas hasta que llegue un hombre vestido de blanco y te diga: “Yo soy Apolonio de Tiana. La diosa me ha llamado. El tiempo está cumplido para ti. Tu viejo cuerpo podrá descansar muy pronto en la paz de Osiris”. Guarda ese nombre en tu memoria, porque en verdad, en verdad te digo que ha sido ya engendrado en Capadocia Apolonio de Tiana. Te digo que no morirá tu cuerpo, ni será embalsamado, ni será depositado en una tumba hasta que hayas abierto para ese hombre los ocultos sellos...

Akhen.- Grandes y sublimes secretos han escuchado estos oídos. Fundamental es la profecía que Isis ha develado a este, su humilde sacerdote. (*Con júbilo*) Ha sido engendrado en Capadocia el que será llamado el hijo de dios. Dios por sí mismo. Cuando él nazca, se parará el sol. Luego girará como un trompo, loco de contento. Puro será el corazón de Apolonio. El vino no tur-

bará su mente. Aprenderá la fuerza del silencio. Levantará a los muertos... Bienaventurado yo, que veré el rostro del dios humanado.

Telón

Escena IV

Asia Menor: Capadocia, un palacio en Tiana. La acción se desarrolla dentro del palacio. Destacan en el salón algunos arcos esculpidos en piedra porosa. Desde la amplia y rica habitación, cubierta de tapices, se pueden ver los enhiestos árboles del jardín. Un estandarte en fondo amarillo, destaca el emblema de la familia: la cabeza de un halcón, flanqueada por dos espadas de bronce. Una mujer embarazada trata de descansar, sin conseguirlo. Es impelida por su hijo no nato a mantenerse en constante movimiento. Está cansada, agotada, al borde de la desesperación. Se recuesta y se incorpora a intervalos sobre una lujosa banca. Dos esclavas, a sus pies, la cuidan solícitas.

Esclava 1.- ¡Está preñada!

Esclava 2.- ¡No lo está!

Esclava 1.- ¡Te digo que dará a luz y muy pronto!

Esclava 2.- ¡Por todos los dioses! Ella es una virgen, no puede estar preñada. Ningún varón la ha tocado.

Esclava 1.- ¿No has oído, insensata? El cojo caminará, el ciego verá, la virgen parirá.

Esclava 2.- ¿Estará realmente en cinta? (*Va y ausculta el vientre de la mujer*). ¡Lo está! ¡Lo está! ¡Esto es un milagro!

La mujer.- Debo levantarme nuevamente. (*Se levanta*). Ahora debo acostarme. (*Se acuesta*). El niño me dice que camine. (*Se levanta y camina*).

Esclava 1.- ¡Kubaba, diosa de las parturientas, ayúdala! (*Corre hacia la mujer*). Con tu permiso mi noble ama y señora. Tolera una vez más que una humilde esclava como yo reprenda y conjure en tu vientre a quien es libre y nacerá libre... (*La mujer accede al pedido de su esclava con un gesto altivo de su mano. La Esclava 1 toma una cratera, luego un hisopo hecho de ramas, hojas y flores. Mete el hisopo en el recipiente y aspergea el agua mezclada con vino, lanzándola al vientre de la mujer*). ¡Niño! ¡Escucha! ¡Te conjuro con agua y con vino! Deja en paz a tu madre...

La mujer se tranquiliza y se acuesta. Cierra los ojos y duerme.

Esclava 2.- Ese es un conjuro muy poderoso. El bebé descansa por ahora. No deberíamos hacer ruido...

Esclava 1.- Yo creo que nuestra ama alberga en su seno un formidable demon.

Esclava 2.- ¿Puede ser esto posible?

Esclava 1.- Es un demon que detesta las bebidas fermentadas, por eso, cuando lo conjuro con vino se aleja y deja tranquila a nuestra ama.

Esclava 2.- ¡Calla! Nuestra ama está moviéndose nuevamente. Mira como se retuerce... Es como si fuera arrebatada por un espíritu

La mujer abre los ojos y se levanta.

La mujer.- ¿Sintieron ustedes a mi bebé? Esta vez se ha movido y ha bailoteado como nunca. No está quieto un instante, ni de día ni de noche. ¿Duerme en algún momento este niño? ¡Que

va! ¡Ni duerme ni deja dormir! Esta vez si que se movió con mucha energía. Me ha pateado. Nuevamente me ha pateado.

Esclava 1.- Con toda seguridad es un niño, mi ama. Tu vientre tiene la forma de una uva y sobresale en punta. Lo voy a conjurar nuevamente con agua y con vino, para que te deje tranquila de una vez...

La mujer.- (*Con repulsión*). ¡Vino no, por favor! El vino es puro, porque viene de la uva pero es contrario a la composición de la mente y oscurece el éter que existe en el alma. A pesar de todos los estragos que me causa este embarazo, me siento feliz... Este hijo que llevo en el vientre hace que la vida desborde por todo mi cuerpo. Es un muchacho muy inquieto... Bueno, en realidad no se si sea un niño o una niña pero brinca con más vigor que un cabrito.

Esclava 2.- Nuestra ama es una mujer afortunada. Toda Tiana se alegrará cuando de a luz. Toda Capadocia vendrá a conocer al heredero. Nuestra ama tendrá un hijo fuerte y sano.

Esclava 1.- ¡Miren!

Esclava 2.- ¿Dónde?

Esclava 1.- ¡Allá, por la ventana! ¡En la rama de ese gran cedro! ¡El halcón ha vuelto!

Esclava 2.- ¡Si, tienes razón! ¡Es un halcón majestuoso! ¡Fíjense como despliega sus negras alas! Se diría que es capaz de cubrir todo el cielo con su cuerpo.

Esclava 1.- ¡El mendigo ha tocado nuevamente nuestra puerta! Ese halcón y el mendigo son inseparables... Cuando veo al uno, veo al otro.

Esclava 2.- ¡Ese mendigo ha venido ya tres veces consecutivas! ¡Es muy insistente! Si a mi no me reciben en alguna casa... si me cierran las puertas... yo me retiro y no insisto. Sería incapaz de volver una y otra vez, para finalmente ser siempre rechazada...

La mujer.- Ahora el niño se ha volteado hacia la derecha... No soporto más. No lo soporto. No me deja un instante de reposo. No tengo quietud. ¡Miren! ¡Miren cómo se voltea hacia la derecha!

Esclava 2.- Siempre está volteándose hacia la derecha. Esta es una señal inequívoca de santificación. Será bendecido por Apolo.

Esclava 3.- (*Entra*). Con el permiso de mi ama...

La mujer.- ¡Habla! ¿Que deseas?

Esclava 3.- El mendigo ha vuelto. Insiste en ser recibido personalmente por ti, gentil ama. Ya le hemos dado vino para calmar su sed, pero él no lo acepta. Lo rechaza como si fuera veneno. También le hemos dado pan y fruta seca, para saciar su hambre. Ha comido... pero él dice que no se irá sin hablar contigo...

La mujer.- (*Se incorpora y se desprende de su manto*). Dale mi manto y dile que se vaya en paz.

Esclava 3.- (*Toma la prenda*). Eres muy generosa al darle tu manto nuevo. Le diré al mendigo que tampoco hoy lo podrás recibir... (*Se retira*).

La mujer.- (*Se levanta violentamente y da vueltas por la habitación, como si su vientre la estuviera zarandeando. La mujer inicia una especie de bailoteo frenético*). Este niño se ha vuelto loco. Es como si quisiera salir del vientre y correr. No hay quien lo frene... Me está haciendo cosquillas. El bebé me impulsa hacia la puerta. Deténganme, ha logrado doblegarme...

Esclava 1.- ¡Resiste amita! ¡Pórtate severa! Hazle saber que tú eres la madre, que tú eres la que manda. Si no ejerces autoridad desde el comienzo...

Esclava 2.- (*Increpa al vientre de la mujer*). ¡Obedece a tu madre, niño precoz! ¡Obedece a tu madre! ¡Por todos los dioses del Olimpo, mis fuerzas son insuficientes para detener a este muchacho!

Entra intempestivamente la Esclava 3, es prácticamente empujada por el mendigo.

Esclava 3.- (*Entra*). ¡No he logrado detenerlo, amita! ¡El mendigo me empuja y se abre camino por sí solo!

Mendigo.- (*Entra*). ¡Debo hablarte, mujer!

La mujer.- (*Cesa el bailoteo*). ¡Oh maravilla! Al entrar este hombre, mi hijo se ha calmado. ¿Cuál es tu poder, buen hombre? ¿Cómo has logrado que el bebé permanezca quieto y apacible en mi vientre? ¡Qué cosas! ¡De pronto es un bebé normal! ¡Hasta se diría que va a dormir! Eso sí que sería un milagro...

Mendigo.- ¡Muy poco falta para que salga de tu vientre! Por esa razón he venido a verte. Al darme de comer y de beber, al ofrecerme tu propio manto para cubrir mi desnudez has demostrado tu condición noble y generosa.

La mujer.- ¡Que cosa más extraña! El bebé se ha dormido. Por favor, hagan silencio. No quisiera despertarlo...

Mendigo.- No temas. Es un dios el que llevas en tu seno, mujer.

Las tres esclavas.- ¿Un dios?

La mujer.- No te entiendo. ¿A quién llevo en mi vientre?

Mendigo.- A mí. A mí me llevas en tu seno. (*El mendigo se quita el manto y aparece radiante y majestuoso el león con alas*). Yo soy Proteo, dios de los mares...

Las tres esclavas.- (*Caen de rodillas y bajan humildemente la cabeza. Recitan en coro*).- ¡Salve, divino Proteo! Bienaventurada tú, señora, ama nuestra, que llevas en tu seno al dios de los mares...

Mendigo.- ¡Madre: cuando yo nazca deberás llamarme Apolonio!

Telón

Escena V

Capadocia, un palacio en Tiana. Para esta escena, es necesario que los espectadores puedan ver los muros, la puerta de entrada principal y un par de ventanas del palacio. Una bandera en fondo amarillo, con la cabeza de un halcón flanqueada por espadas de bronce, flamea al viento. Más allá, al fondo, las huellas de una erupción volcánica que otorgan al paisaje una visión lunar: enormes formaciones cónicas de toba, cubiertas de basalto, grietas y rupturas cortantes, rocas y enormes piedras amontonadas. La acción se desarrollará en el jardín, cerca de la entrada. Guardias armados vigilan la puerta.

Guardia 1.- Tengo sed. Vámonos a beber a la fuente.

Guardia 2.- El amo dijo que no nos moviéramos de aquí.

Entra el Mendigo.

Guardia 1.- ¡Alto! ¿A dónde vas?

Mendigo.- ¡Entraré a la casa de mi madre!

Guardia 2.- ¿Y quien es tu madre?

Mendigo.- La mujer que me va a parir...

Guardia 1.- Eso me suena bastante lógico. ¿No es la madre de uno la que le ha parido?

Guardia 2.- Al parecer todo está en regla... Puedes entrar.

El Mendigo entra.

Guardia 1.- ¡Silencio...! Creo que viene alguien más. Mira, las ramas del árbol se han movido.

Guardia 2.- A nadie veo. Debe ser alguno de los tantos animales que viven libremente en este espacioso jardín.

La Serpiente.- (*Enroscada en uno de los árboles*). Allí está la mujer. Desde aquí veo su rostro, desfigurado por el esfuerzo. Suda y se agita. Los dolores del parto la agobian. Ahora se retuerce. Parece que se ha roto la fuente. Debo apresurar mi marcha zigzagueante. El sol casi está por llegar al cenit. Se aproxima la hora. Voy a engullir de un solo bocado el fruto de ese vientre... tan pronto como aparezcan los primeros pelos de esa pequeña cabeza... (*Desciende y se interna por entre la tupida vegetación*).

Partera 1.- (*Entra y se queda contemplando el jardín, la puerta y los guardias*). Esta debe ser la casa. ¡Qué vigilantes más apuestos! ¡Qué uniformes más lindos! ¡Hola, hermosos guardias!

Partera 2.- (*Entra y tropieza con la Partera 1*). Apártate de mi camino. Los de esta casa precisan de mis servicios... Soy una mujer muy ocupada, muy solicitada y no puedo perder mi tiempo... ¿Qué esperas? ¡Muévete!

Partera 3.- (*Entra, ve a las dos parteras anteriores que forcejean y sigue de largo. Se dirige a los guardias*). Señores centinelas, tengan la gentileza de anunciar a los de la casa que ha llegado la “asesora de alumbramientos”, experta en restauración de hímenes, nacimientos sin dolor, abortos y otros servicios similares, con servicio garantizado, de puerta a puerta, a cualquier hora del día o de la noche. (*Saca una tarjeta de presentación y entrega a uno de los guardias*).

Guardia 1.- ¿Es usted partera? No puede pasar. ¡Retírese! Nos han pedido que custodiemos esta puerta y no dejemos entrar a nadie.

Partera 1 y Partera 2.- ¿Es usted partera?

Partera 3.- Sí, lo soy. Es más, se me ha seleccionado entre muchas para atender un alumbramiento en esta casa.

Partera 1.- Aquí debe haber una confusión. La “matrona” que fue seleccionada entre todas las de Capadocia, soy yo. (*A los guardias*). ¡Permiso, déjenme entrar!

Partera 2.- ¡Un momento! ¡Aquí la única “comadrona” soy yo!

Esclava 1.- (*Desde adentro de la casa*). ¡Guardias! ¿Qué es todo ese barullo? ¡Dejen pasar a las parteras!

Mendigo.- (*Desde una de las ventanas de la casa*). ¿Cómo quieren que yo nazca si no permiten entrar a las encargadas del alumbramiento?

Guardia 1.- El hombre es corpulento, con razón se necesitan tres parteras.

Guardia 2.- Eso que has dicho me suena lógico, muy lógico.

(Las tres mujeres entran a la casa).

La Serpiente.- (*Emerge detrás de un arbusto*). Ya han llegado las tres comadronas convocadas y seleccionadas entre las más expertas de Capadocia. Han colocado centinelas y un pelotón en

la puerta de la regia mansión, para que nadie perturbe el momento. ¡Tanto preparativo, tanto afán! Pero yo entraré sin que nadie me vea. Burlaré fácilmente las seguridades. (*Desaparece entre la vegetación*).

Esclava 2.- (*Desde adentro de la casa*). ¡Hace un calor insoportable! (*Asomada a una de las ventanas*). ¡Guardias! ¿Alguno de ustedes está sediento? ¡Tengo una jarra de jugo de naranjas frescas! ¡También tenemos vino... si lo prefieren!

La Serpiente.- (*A los guardias*).- ¡Vino, pidan vino! Esa bebida calma la sed y alegra el corazón...

Guardia 2.- (*Al Guardia 1*). Vino, delicioso vino...

Guardia 1.- (*Al Guardia 2*). Naranjas frescas, fresquitas...

Guardia 2.- (*Al Guardia 1*). No podemos aceptar. Ella le contaría a nuestro amo. Se acabaría nuestra reputación...

Guardia 1.- Tienes razón.

Guardia 1 y Guardia 2.- (*A la esclava 2*). ¡Cuando estamos de servicio se nos prohíbe beber!

La Serpiente.- ¡Hipócritas! “¡Cuando estamos de servicio se nos prohíbe beber!”... ¡Vayan a la fuente entonces! El agua está fresca y cristalina... Empíense, ahóguense púdranse en agua...

Guardia 1.- Te digo que tengo sed. Vayamos a beber a la fuente.

Guardia 2.- El amo dijo que no nos moviéramos de aquí. Hubiera sido preferible aceptar ese delicioso vino...

La Mujer grita. Ha iniciado el parto.

Guardia 1.- Escucha los gritos. Parece nuestra ama. Debe ser ella la que dará a luz en el día de hoy.

Guardia 2.- Si, yo también la escucho.

Guardia 1.- (*Con la cabeza hacia arriba*). Mira el cielo. El sol se mueve de un lado a otro, gira como un trompo loco por entre las nubes.

Guardia 2.- Esto es increíble. Esto no está pasando. ¡Va a caerse el sol sobre nuestras cabezas!

Guardia 1.- No es el sol. Es un halcón. Un halcón de luz que revolotea majestuosamente allá arriba...

Partera 1.- (*Desde adentro*). ¡Puje usted, señora, puje con ganas!

Partera 2.- (*Desde adentro*). ¡Puje! ¡Puje! ¡Puje! ¡Respire! ¡Aspire! ¡Respire!

Partera 3.- (*Desde adentro*). ¡Ahora! ¡Un nuevo esfuerzo! ¡Eso es! ¡Eso es! ¡Eso es!

Guardia 1.- ¡Mira! ¡El halcón ha cazado una serpiente!

Guardia 2.- Si, ya lo veo. La lleva por el aire y la destroza con sus garras y su pico...

Se escucha el llanto de un niño.

Partera 1.- (*Desde adentro*) ¡Es un varón! ¡Es un niño precioso!

Partera 2.- (*Desde adentro*) ¡Es fuerte, es inquieto, se escabulle entre mis manos! ¡No lo puedo sujetar!

Partera 3.- (*Desde adentro*) ¡Está sano! ¡Está completo! ¡Es enorme! ¿Qué nombre han elegido para este bebé?

La mujer.- (*Desde adentro*) ¡Apolonio es su nombre! ¡Apolonio de Tiana!

Telón

Escena VI

En una plaza de Atenas. Dos amigos griegos conversan. Uno de ellos tiene la apariencia de ser un caminante y lleva consigo una alforja.

Griego 2.- Él nació en Tiana... Capadocia... Repudió los alimentos de procedencia animal reputándolos como no puros.

Griego 1.- ¿Otro vegetariano?

Griego 2.- Sí... es un vegetariano... Se llama Apolonio. Va descalzo por los caminos o utiliza sandalias de corteza de árboles porque no permite que las plantas de sus pies tomen contacto con el cuero de los animales sacrificados para el confort del hombre. Jamás se mancharía de sangre, porque la vida está en la sangre. Se cubre con prendas de lino, para que su piel permanezca pura, sin contacto con la lana de las ovejas o de las cabras. Se ha dejado crecer la cabellera y vive, como los dioses, en los templos.

Griego 1.- ¿Y este Apolonio también hizo voto de silencio, como el que tú te propones hacer?

Griego 2.- Desde luego que sí. El voto de silencio forma parte del noviciado de los pitagóricos. Apolonio permaneció en silencio durante cinco años.

Griego 1.- ¿Estuvo mudo cinco años? ¿Y no enloqueció? ¡Insensato! Tanto tiempo sin hablar una palabra, sin responder lo que otros te preguntan, sin comunicar a nadie tus opiniones... tus pensamientos, tus dudas, tus anhelos... Yo creo que eso es una auto tortura estéril...

Griego 2.- Se comunicaba, sí, pero mediante signos. También escribía... aunque solo cuando era indispensable... Auto imponerse una restricción como esa requiere un gran dominio. Una tremenda fortaleza. *(Pausa)*. ¿No deberíamos estar dispuestos a sacrificar algo de nuestra comodidad por alcanzar aquello que juzgamos noble, justo y verdadero?

Griego 1.- ¿Entonces... estás decidido a seguir la filosofía de Pitágoras de Samos?

Griego 2.- Estoy decidido. Pasamos la vida estudiando la filosofía. Asistimos a las academias y escuchamos la opinión de los filósofos. Finalmente, tenemos la suerte de conocer a los pitagóricos y nos parecen totalmente honestas, justas y nobles las cosas que dicen y hacen. Entonces te pregunto, ¿no debemos imitar lo bueno? ¿No debemos abrazar con celo una doctrina que, a nuestro juicio, es coherente?

Griego 1.- ¿Coherente con qué? Esa es mi pregunta.

Griego 2.- Yo te respondo que la doctrina de los pitagóricos tiene coherencia interna. Yo te digo que encuentro pureza en esa doctrina.

Entra el Mendigo con un cofre en sus manos.

Mendigo.- *(Al Griego 1)* ¿Compartirás conmigo tu riqueza?

Griego 1.- *(Con desprecio)* Me sobra esta moneda. Tómala y déjanos en paz.

Mendigo.- *(Al Griego 2)* ¿Y tú, compartirás conmigo tu riqueza?

Griego 2.- Siéntate a nuestro lado y descansa. En esta alforja tengo pan, frutas secas y un poco de vino. Tómalos y si te place siéntate. Podrás oír nuestra conversación.

Mendigo.- *(Al Griego 1)* Con desprecio me has lanzado tu moneda y por eso no la tomaré. *(Devuelve la moneda. Se dirige con majestad al Griego 2)*. Aceptaré el pan y la fruta seca. El vino, a pesar de ser puro por venir de la vid, no lo beberé, porque embotaría mi mente... Los dos me han hablado. Es justo que yo comparta con ustedes mis palabras...

Griego 1.- ¿Y cuál es la importante riqueza que cargas contigo, oculta entre esos harapos?

Mendigo.- Cuando sacas una moneda de tu bolso, pierdes una moneda. Cuando de tu alforja sacas un pan, algunas frutas secas o compartes tu vino, también has perdido el pan, la fruta y el vino. Pero yo tengo un cofre inagotable, del que puedo extraer la riqueza y darla, al que me lo pida. Y ese cofre se llena más y más a medida que comparto con otros mis tesoros.

Griego 2.- ¿Y cuál es ese cofre?

Mendigo.- Si te dijera que ese cofre se llama “Sabiduría” tú lo aceptarías (*Señala al Griego 2*), pero tú (*Señala al Griego 1*) te burlarías de mí, porque henchido está de orgullo tu corazón y tus ojos solamente buscan las riquezas materiales. Por lo tanto, diré que este cofre se llama “Ilusión” y contiene exactamente lo que cada hombre anhela y busca con afán en su vida. (*Destapa el cofre*). Ahora utilizaré algo de mi poder. Algo de la eterna magia. Mírenlo bien. Este cofre resplandece con los rayos del sol. Metan sus manos y tomen lo que quieran.

El Griego 1 mete sus manos en el cofre y saca monedas, brazaletes, anillos, copas de oro y otras joyas.

Griego 1.- (*Maravillado e incrédulo*). ¿Y todo esto es para mí?

Mendigo.- Para ti, claro. ¿No era eso lo que buscabas?

Griego 1.- ¡Soy rico! ¡Soy un hombre afortunado! Agradezco tu generosidad, venerable anciano. ¿Qué digo? ¿Anciano? ¡Benefactor debería decir! Mi protector, ante el cual me postro. ¡Ahora entiendo el significado de tus harapos! En verdad eres un hombre sabio. Ocultas tu tesoro bajo esa pobre apariencia, para no ser perturbado. ¡Genial! (*Al Griego 2*) ¿Y ahora, qué me dices amigo frente a tanta riqueza? ¿Insistirás en abrazar la filosofía de los pitagóricos? ¿No sería mejor que también tú eches mano al cofre y obtengas tanto como yo? Por mi parte, yo corro a disfrutar de mi suerte. Vuelo a derrochar esta fortuna. Comeré hasta hartarme. Beberé y me emborracharé. Navegaré en el mar del placer hasta naufragar... Pagaré con generosidad el favor de las cortesanas más livianas. Hasta la vista, mi buen amigo. (*Sale*).

Mendigo.- ¿Y tú, nada tomarás?

Griego 2.- Ya lo he tomado: He visto con mis propios ojos el prodigio que has hecho. Ahora sé quien eres. Condúceme hasta Apolonio, tu hijo o tu doble. Anhele conocerlo. Quiero beber de sus labios la sabiduría. Anhele escuchar sus palabras, descubrir la esencia misma de las cosas, entender y recibir con devoción los más recónditos misterios.

Mendigo.- ¿No es acaso arriba igual que abajo? ¿No es el padre igual que el hijo? Si el hijo busca al padre, su propio carácter persigue. Pero el carácter del hijo es su misterio. El carácter del hijo es su destino. Busca al hijo en el padre. Busca tu propio sendero...

Griego 2.- (*Se postra a los pies del mendigo*) ¡Maestro!

Telón

Escena VII

Un mercado público en Alejandría. Las personas compran y venden.

Vendedor 1.- ¡Dátiles! Excelentes dátiles. Prueba estos frutos perfumados de la tierra, los mejores de Alejandría.

Vendedor 2.- ¡Tapices! Finos tapices de Esmirna.

Comprador 1.- ¿Puedo ver los tapices? ¿Puedo tocarlos?

Vendedor 2.- ¡Claro, mira paisano, qué colores, qué firme tejido, qué diseños más encantadores!

Voz del comprador 3.- *(Desde afuera del escenario).* ¡Necesito camellos! ¿Quién tiene camellos? ¿Alguien puede venderme unos camellos? ¡Qué confusión! ¿No es este el mercado de Alejandría?

Voz de un extraño.- *(Desde afuera del escenario).* Sí, pero este no es el mercado de camellos.

Vendedor 3.- ¡Perfumes de Babilonia! ¡Ungüentos de Babilonia!

El Griego 2 entra con una pizarra, en la que se ha escrito: “¿Dónde queda el puerto?”. Lo muestra a diferentes personas, sin obtener respuesta.

Vendedor 1.- No se leer, no te puedo ayudar.

Vendedor 2.- ¿Eres mudo acaso o solo me quieres tomar el pelo?

El Griego 2 se acerca al Comprador 2 y le muestra el cartel.

Comprador 2.- *(Lee en voz alta)* “¿Dónde queda el puerto?”. Todo el mundo sabe en Alejandría dónde está el puerto. Avanza hasta esa torre que se divisa desde aquí y gira a la izquierda. Llegarás directo a los muelles. Desde lejos se divisa el faro, luego mientras avanzas, verás las velas de las embarcaciones, listas a esta hora para zarpar. ¿De dónde eres extranjero? Tus vestidos son raros. Pareces griego, pero vistes como alguien que viene desde Etiopía...

El Griego 2 escribe en la pizarra: “Soy Griego y llegué anoche de Etiopía”.

Comprador 2.- *(Lee en voz alta).* “Soy Griego y llegué anoche de Etiopía”.

Voz del Vendedor 4.- *(Desde fuera del escenario).* ¡Incienso!, ¡Goma!, ¡El mejor aceite de oliva!, ¡Perfume para el pelo!

Voz del comprador 3.- *(Desde afuera del escenario).* ¡Necesito camellos! ¿Quién tiene animales de tiro? ¿Alguien puede venderme unos camellos?

Comprador 2.- ¿Y qué hacía un griego como tú en Etiopía? ¿Eres acaso comerciante en marfil?

Voz del Vendedor 5.- *(Desde fuera del escenario).* ¿Marfil? ¿Alguien mencionó la palabra marfil? Por supuesto que tengo los mejores cuernos de elefante de toda el África.

El Griego 2 escribe en la pizarra: “Busco a un hombre. Busco a un dios”

Comprador 2.- *(Lee en voz alta):* “Busco a un hombre. Busco a un dios”. Tus palabras son confusas, extranjero. ¿Para qué vas al puerto? ¿Llega algún pariente tuyo en esas naves?

El Griego 2 escribe en la pizarra: “Llega Apolonio”.

Comprador 2.- *(Lee en voz alta):* “Llega Apolonio”.

El Griego 2 se marcha.

Comprador 2.- ¡Oye, detente! ¿Quién es ese tal Apolonio? He escuchado ya algunas veces ese nombre...

El Comprador 2 sale, en persecución del Griego 2. Entra el Comprador 3.

Comprador 3.- ¡Necesito camellos! ¿Quién tiene camellos? ¿Alguien puede venderme unos camellos?

Telón

Escena VIII

En el puerto de Alejandría, al atardecer. El faro, las naves que se mecen perezosas ante el suave vaivén de las olas, los palacios de los ricos mercaderes y potentados. Tres sacerdotes egipcios caminan solitarios, como fantasmas que emergen desde la sombra. Detrás de ellos, la Serpiente va recordándoles o dictándoles el “texto” que deben pronunciar... como si fuera el “apuntador” de algún teatro fantástico...

Kheraton.- Hermoso el puerto de Alejandría a esta hora. Es un atardecer sereno y hasta poético.

Sacerdote 1.- Sí, el mar está en calma. El rojizo cielo parece una hoguera que se extingue.

Sacerdote 2.- Pero la dársena está sucia. Hay desorden, reina el caos.

Kheraton.- Pasan y pasan los años, raudos como el viento. Envejezco irremediablemente, pero Akhen, el Gran Sacerdote, no se dobléa...

Sacerdote 1.- El Gran Sacerdote debe conocer, sin lugar a dudas, el Secreto de la Vida. ¡Está más fuerte que todos nosotros juntos!

Sacerdote 2.- Akhen es inmortal.

Sacerdote 1.- Pero Akhen sufre. Desea morir. Está cansado de vivir. Lo he visto llorar. Por las noches implora a los dioses, pide que le permitan morir...

Kheraton.- Ahora, Akhen nos ha mandado a custodiar el puerto de Alejandría. “Vayan hasta Alejandría” —nos dijo. “Vayan y averigüen cuándo llegará la nave de los griegos”... ¿Será que el Gran Sacerdote sabe de su llegada? ¿Habrá oído hablar de él?

La Serpiente.- *(En un susurro. Al sacerdote 1).* ¡Mañana llega el Capadocio!

Sacerdote 1.- *(Al sacerdote 2).* Dicen que mañana llegará el capadocio. Vendrá en la nave de los griegos... Estoy seguro que es a él a quien espera. Por él pregunta el Gran Sacerdote...

Sacerdote 2.- ¿Te refieres a ese tal... Apolonio de Tiana? *(El Sacerdote 1 mueve afirmativamente su cabeza).* ¿Será verdad todo lo que dicen de él?

La Serpiente.- *(En un susurro. Acercándose al oído del sacerdote 1).* ¡Los milagros!

Sacerdote 1.- ¿Te refieres a los milagros?

La Serpiente.- *(En un susurro, al sacerdote 2).* ¡La magia!

Sacerdote 2.- Bueno, sí, a los milagros... pero también al conocimiento de la magia que según dicen, posee en alto grado...

La Serpiente.- *(Trata inútilmente de que los sacerdotes la vean. Gesticula ante ellos)* ¡Las sagradas leyes de la naturaleza pisoteadas por ese impostor!

Kheraton.- ¡Magia o milagro! ¿Cuál es la diferencia? En ambos casos se violentan las leyes inmutables de la naturaleza, lo cual es prodigioso, sin duda alguna, pero perverso. Dicen que en Roma resucitó a una chica que estaba por casarse...

Sacerdote 1.- ¿Cómo? ¿La resucitó de entre los muertos?

Kheraton.- Si, dicen que su novio y sus parientes llevaban el inerte cuerpo, por una de las calles de Roma y que Apolonio sintió compasión al ver al novio deshecho por el dolor. Cuando todos pensaban que pronunciaría un discurso fúnebre, se acerca hasta la joven y murmura a su oído algunas palabras que nadie más alcanzó a oír. Entonces se levanta la que estaba muerta y regresa a la casa de su padre.

Sacerdote 1.- ¿Y dices que sintió compasión? Claro, sintió compasión por el novio, pero no por la novia, que finalmente descansaba en paz. Ese Apolonio es en realidad un ser malvado. ¿No es la vida eterna la verdadera vida? ¿No es este mundo transitorio y malvado? Entonces cuando estamos vivos, somos infelices, porque estamos sujetos al dolor. Al morir, por el contrario, recobramos nuestra condición de inmortales. ¿Cómo pudo entonces Apolonio ser tan cruel con esa muchacha romana? ¿Por qué la devolvió a la vida?

Sacerdote 2.- ¿Y cuánto recibió Apolonio por este... servicio?

Kheraton.- Desde luego una buena suma... pero él no tomó esa fortuna para si. La donó a la propia novia, como dote...

Sacerdote 1.- Es un malvado. Ha rebasado sus propios límites. No solo que la resucitó. También le dio riquezas, para corromper su espíritu... Y lo mismo hizo con su propia familia: Apolonio cedió a su hermano toda su herencia...

Kheraton.- Dicen que aprendió a resucitar a los muertos en Epidauro, en el templo de Asclepio.

La Serpiente.- ¡Embustes! ¡Fábulas! ¡Historias increíbles! ¿Quién tiene el poder sobre la muerte?

Sacerdote 2.- ¡Increíble! Lo que cuentan de ese hombre me parece insólito. Si ciertamente deben tratarse de embustes o de fábulas...

La Serpiente.- (*Con sutil maña*). Mantengan abiertos los ojos. Descubran qué se propone. ¡Que no caigan en manos de vulgares prestidigitadores los secretos que celosamente guardan los templos egipcios!

Sacerdote 2.- Mañana vendré temprano al puerto, a la hora que llega el barco de los griegos. Siento curiosidad y deseo ver qué aspecto tiene el capadocio... Debemos enterarnos a qué viene, descubrir qué es lo que busca en Alejandría...

Kheraton.- (*Aparte, para si mismo*) ¿Y si golpeará las puertas del templo? ¿Y si humildemente solicitará ser recibido como un oficiante? ¿Y si viniera al Egipto para ser iniciado en los ritos de Horus?

La Serpiente.- (*Aparte, para sí misma*). Eso hay que evitarlo a toda costa. ¡Hay que acudir al imperio! Los romanos tienen el poder. ¿No sería correcto asesorarles adecuadamente? Ellos deberían prohibir la práctica indecorosa de los brujos, de los hechiceros, de los hacedores de milagros y de toda esa gentuza... No entrará Apolonio al templo. Akhen, el Gran Sacerdote, recibirá a mi hijo...

Telón

Escena IX

El mercado de Alejandría. La gente compra y vende. Se escuchan trompetas y entra el oficial romano, con dos guardias. Al entrar los romanos, todos quedan estáticos, atentos a lo que el conquistador ordena.

Guardia romano 1.- (*Desde la parte más alta del mercado*) ¡Silencio! ¡Escuche la gente de Alejandría!

Guardia romano 2.- (*Desde la parte más alta del mercado*) ¡Silencio! ¡Escuchen todos con atención lo que dirá el emisario del emperador!

Oficial romano.- (*Desde la parte más alta del mercado. Lee un edicto imperial*). ¡Lucio Domicio Nerón, a los ciudadanos romanos y a todos los que residen o se encuentran de paso por las provincias del imperio! ¡Ordenamos!

Guardia romano 1.- (*El oficial romano le entrega el edicto y el guardia lee lo que le corresponde*). Cualquiera que realice, o procure la realización de sacrificios impíos o nocturnos para encantar, maldecir u obligar a otro por medio de sortilegios o filtros mágicos a hacer cosas en contra de su libre voluntad será crucificado o echado a las fieras en el circo.

Oficial romano.- (*Arrancha el edicto de manos del Guardia 1 y lee*). ¡El Emperador Lucio Domicio Nerón, a los ciudadanos romanos y a todos los pueblos del imperio! ¡Ordenamos! (*Entrega el edicto al Guardia 2*).

Guardia romano 2.- (*Lee el edicto*). Cualquiera que sacrifique un hombre, haga ofrendas de su sangre, o profane un santuario o templo, será arrojado a las fieras; pero si es persona de posición económicamente libre, solamente será decapitado.

Oficial romano.- (*Arrancha el edicto de manos del Guardia 2 y lee*). ¡El Emperador Lucio Domicio Nerón, a los ciudadanos romanos y a todos los pueblos del imperio! ¡Ordenamos! (*Entrega el edicto al Guardia 1*).

Guardia romano 1.- (*Lee el edicto*). Los que participen en las artes mágicas quedan sujetos a la pena capital. Los magos serán quemados vivos. Nadie está autorizado para escribir, leer o poseer libros de artes mágicas. Si se encuentra en poder de alguna persona textos prohibidos serán lanzados públicamente a la hoguera y su propietario decapitado, pero si no fuere de clase inferior, solamente será deportado. Por lo tanto, queda prohibida no solo la práctica de las llamadas artes mágicas, sino también su estudio y su conocimiento.

Oficial romano.- (*Arrancha el edicto de manos del Guardia 1 y lee*). ¡El Emperador Lucio Domicio Nerón, a los ciudadanos romanos y a todos los pueblos del imperio! ¡Ordenamos! (*Entrega el texto al Guardia 2*).

Guardia romano 2.- Los profetas, que pretenden estar llenos de alguno de los dioses o de los espíritus, serán expulsados de las ciudades para que no corrompan el buen comportamiento público. Tales profetas serán azotados y expulsados de las ciudades, pero si persistieran en sus prédicas serán sometidos a la pena capital.

Los guardias hacen sonar las trompetas y salen.

Vendedor 1.- (*Al Vendedor 2*).- Ya era hora de poner fin a esa turba de charlatanes y embusteros. El emperador tiene la razón. Alejandría está plagada de adivinos, magos, brujos, hechiceros y otros bichos raros. Me parece bien que los persigan y los exterminen.

Vendedor 2.- Si. Hablas con mis propias palabras. La gente ya no compra en el mercado. El populacho gasta inútilmente sus monedas en consultas extravagantes a los adivinos. Son tan ignorantes que entregan sus monedas a los fabricantes de filtros y conjuros. Gastan lo poco que tienen en brujos y hechiceros... ¿Para qué quiere esa gentuza saber el futuro, si ni el presente lo comprende o disfruta como mandan los dioses?

Entra el Comprador 2.

Comprador 2.- ¿Dónde pudo haberse metido ese griego? Lo he buscado inútilmente por el puerto, sin encontrarlo. (*Al Vendedor 1*). ¿Regresó por aquí el griego que andaba con una pizarra?

Vendedor 1.- ¡No sé de quién me hablas!

Comprador 3.- ¿Dónde está ahora el mercado de animales? (*A un vendedor, cualquiera, que no responda la pregunta*) ¿Me puede usted decir dónde se puede comprar y vender camellos? (*Al*

Vendedor 3, quien ni siquiera le presta atención) ¿No hay alguien en toda Alejandría que me pueda decir dónde puedo comprar un par de camellos?

Vendedor 1.- ¡Naranjas jugosas! ¡Naranjas olorosas!

Comprador 2.- *(Al Vendedor 3)* ¿Has visto al griego que escribía en una pizarra?

Vendedor 3.- *(Visiblemente molesto)*. No lo he visto. ¿Tengo algún letrero aquí escrito, en el que se lea: “Puesto de información”?

Vendedor 2.- ¡Mantos de lino! ¡Sandalias confortables!

Vendedor 3.- ¡Ungüentos medicinales de la India! ¡Agua del Ganges!

Vendedor 1.- ¡Trigo de Aspendo!

Comprador 3.- *(Al Comprador 2)* ¿Sabes tú en qué plaza instalaron ahora el mercado de burros, caballos y camellos?

Comprador 2.- Todo el mundo en Alejandría sabe dónde queda ese mercado. ¿Ves esa fortaleza de piedra? Avanza hacia allá. Allí está ahora el mercado de animales. ¿De dónde eres extranjero?

Comprador 3.- Soy babilonio y necesito comprar un par de camellos. Desearía obsequiar esas nobles bestias al divino Apolonio. Dicen que llegará esta mañana al puerto de Alejandría. Gracias por tu información. *(Sale rápidamente)*.

Comprador 2.- ¡Oye, detente! ¿Quién es ese Apolonio al que regalarás los camellos? *(Sale, en persecución del Comprador 3)*.

Telón

Escena X

La casa de la serpiente está llena de libros, papiros enrollados, alambiques y retortas, como la de un alquimista. Sobre las paredes han colgado retratos de famosos ofidios: hay un basilisco; un áspid; un dragón; un cuadro de Eva, al que una serpiente ofrece la manzana. En un rincón se puede ver un caduceo. La Serpiente se ha enroscado en un grueso tronco y su cola bambolea cadenciosa. El Hijo de la Serpiente reptaba por una verde alfombra, se acerca a un antiguo libro, lo abre y lee, en voz alta:

El Hijo de la Serpiente.- Escucha, madre, lo que dice este antiguo texto: “De la raíz de la culebra saldrá el basilisco, y su fruto será una feroz serpiente voladora. Y el niño de teta jugará en la cueva del áspid, y el destetado extenderá la mano sobre la caverna del basilisco”.

La Serpiente.- Ese es, en verdad, un texto estimulante, hijo.

El hijo de la Serpiente.- ¿Y cuándo se cumplirá esta importante profecía? Imagínate, madre. Tú y yo, convertidos en basiliscos. Pudiéramos volar donde quisiéramos, o petrificar con la vista. Pero yo no matara a nadie, madre. Yo sería un buen basilisco...

La Serpiente.- Cómo podemos ser “buenos”. Cómo podemos ser “justos”. ¿Acaso nos dieron la oportunidad para demostrar nuestra bondad o nuestra justicia? Todos prejuzgan sin siquiera conocernos... Hoy por hoy, hijo, constituimos el símbolo de lo abyecto, de lo rastrero, de lo vil. Todo estuvo sesgado desde el comienzo. Bueno... hay algunas excepciones... Los faraones, por ejemplo, nos eligieron como símbolo de poder... por lo mortífero de nuestro veneno, claro está... Los médicos nos han escogido como emblema de la salud y de la higiene... pero esto no hace sino confirmar la regla. Nos odian, hijo. Nos detestan...

El Hijo de la Serpiente.- Madre... ¿Me amas?

La Serpiente.- Claro que te amo, hijo. ¿Crees acaso que tengo corazón de víbora?

El Hijo de la Serpiente.- Madre... ¿Te has enamorado alguna vez?

La Serpiente.- Ya empiezas con tus preguntas capciosas...

El Hijo de la Serpiente.- ¿Quién es mi padre?

La Serpiente.- Yo soy tu padre y tu madre. No me avergüenzo, como otras, de ser “madre soltera”. Hoy por hoy eso constituye un estigma, pero los tiempos cambian. Llegará el día en que la mujer decidirá por sí sola. Tendrá los hijos que quiera y de nadie dependerá. Será libre como yo, hijo, como yo.

El Hijo de la Serpiente.- Madre, eso no me avergüenza... pero...

La Serpiente.- ¿Te desprecian? ¿Te llaman bastardo?

El Hijo de la Serpiente.- Me llaman, si... pero no todos son malos conmigo...

La Serpiente.- Pronto cambiarán las cosas. Eso es lo bueno del sistema. El mundo gira... Ningún equilibrio es permanente y estable.

El Hijo de la Serpiente.- Dime, madre... ¿Por qué no podemos ser... respetables... como todo el mundo? Renuncio a que me amen. Solo aspiro a que me respeten, como a cualquier ser vivo. ¿Es eso imposible?

La Serpiente.- ¿Sentimentalismos a estas alturas? ¿Quién te mete esas ideas en la cabeza? ¡Qué insensatez! Claro que somos respetables. ¿Quién no se queda petrificado, pálido, mudo cuando se topa de improviso con alguno de nuestra especie? ¿No denota eso profundo respeto?

El Hijo de la Serpiente.- Pero todos hablan mal de las serpientes, de las culebras, de las víboras. Dicen que somos lo peor de lo peor... Nos tachan de inmundas, perversas, traicioneras, mentirosas, embusteras, mal...

La Serpiente.- Ya, ya, ya... Basta, hijo. Ya entendí el punto. Aquí, como en todas las cosas... existe lo que se llama “perspectiva”...

El Hijo de la Serpiente.- ¿Relatividad ética?

La Serpiente.- Correcto. Eso es. Para los demás, nosotros somos los malos. Esa es “su” perspectiva. Pero desde “nuestro” punto de vista, los malos son los demás. ¿Has entendido?

El Hijo de la Serpiente.- Si, creo que he entendido un poco. Me parece muy astuto el tema. ¿Y quien impone las reglas?

La Serpiente.- Los que detentan el poder. Ellos imponen su filosofía, sus paradigmas, sus ritos y liturgias...

El Hijo de la Serpiente. Entonces... si nosotros, las serpientes...

La Serpiente.- Exacto. Si nosotros captamos el poder... ¡el poder supremo se entiende! impondremos nuestra voluntad. Imagínate hijo, qué cambio, qué revolución más grande. Ya no será maldita nuestra raza. Por el contrario, nos llamarán excelsos. Dictaremos los nuevos códigos. Estableceremos lo que es bueno y lo que es malo, lo que es feo y lo que es hermoso, lo que es verdadero y lo que es falso. Podríamos finalmente llegar a la... “ofiolatría”

El Hijo de la Serpiente.- ¿Qué es ofiolatría, madre?

La Serpiente.- La veneración, la adoración, el culto de las serpientes. Nosotros los reptiles elevados de un plumazo a los altares. ¡Llegaremos a ser dioses!

El Hijo de la Serpiente.- ¡Eso que dices es grandioso! Demostraremos que es elegante arrastrarse graciosamente por el suelo y pedantería andar erguido en dos pies, con la nariz alzada. ¿Existe acaso algún animal bajo el agua que sea más hermoso y más mortífero que un áspid? ¿No es fascinante y macabra la macabra danza de una cobra sobre la pulida arena del desierto? Pausado, silencioso y magnífico el vuelo del basilisco...

La Serpiente.- Cambiaremos la moda. Fíjate hijo... ¿No es refinado mi gesto? (*Mueve su lengua con deleite*).

El Hijo de la Serpiente.- Tiene “clase”.

La Serpiente.- Por supuesto. Has leído mi pensamiento. Es de mucha “clase” poseer una lengua dividida en dos. Algún día estará de moda. Los jóvenes harán cola para que alguien parta en dos sus lenguas...

El Hijo de la Serpiente.- El engañar en el juego, el hacer trampa es “agudeza de ingenio”. Al menos, esa es “nuestra” perspectiva y la impondremos.

La Serpiente.- Escucha hijo. ¿No tienen los insectos, que son los seres vivos más elementales, ocho, diez o doce patas? A medida que los seres vivos pierden sus extremidades alcanzan grados más altos de evolución. Nadie duda que los cuadrúpedos, con relación a los insectos están en una escala superior y que los bípedos dominan a los cuadrúpedos. Por lo tanto, nosotros que hemos perdido ya las extremidades “inferiores”, somos la escala más excelsa de la creación.

El Hijo de la Serpiente.- (*Aplauda*) ¡Bravo! Somos nobles: nuestra sangre fría es la prueba fehaciente de la pureza de nuestro ancestro.

La Serpiente.- Ha llegado nuestra hora, hijo mío. Vístete como corresponde a la solemnidad del momento. Debemos acudir al templo de Abidos. Serás iniciado en los misterios de Horus. Recuerda que hoy por hoy el saber es poder. Mañana, cuando tengamos las riendas de este mundo y las riendas del cielo, ya podremos cambiar esos viejos prejuicios. Y... lleva tu espada... por las dudas... Nunca se sabe...

Telón

Escena XI

La entrada del templo de Abidos. Las esfinges, soberbiamente talladas en piedra forman un amplio corredor de acceso. El Gran Sacerdote está sentado en un sillón de alto respaldo. A su lado Kheraton, el Sacerdote 1 y el Sacerdote 2.

Akhen.- ¿Ha tocado alguien más a la puerta de este templo?

Kheraton.- Tres más han llamado, Gran Sacerdote. Pero uno de ellos es indigno de ser recibido por ti.

Akhen.- Que pase el primero de los postulantes.

El Sacerdote 1 facilita la entrada a un hombre vestido con un traje de escamas verdes. Es el hijo de la serpiente. Le acompaña su madre. Supuestamente los sacerdotes, con excepción de Akhen, no pueden ver a la serpiente, porque es invisible para éstos.

Akhen.- ¿A qué has venido? ¿Qué buscas en este templo?

El hijo de la Serpiente.- Busco el conocimiento.

La Serpiente.- (*Le corrige, casi en un susurro*). La sabiduría, hijo. La sabiduría.

El hijo de la Serpiente.- Busco, desde luego, la sabiduría.

Akhen.- Dime, hijo. ¿Quién eres?

El hijo de la Serpiente.- Soy Apolonio de Tiana.

Akhen.- Verdes son tus vestidos, abominable hijo de la noche. Trisulca es tu lengua. Tú no entrarás en el templo de Abidos. ¡Blancos como la nieve son los vestidos de Apolonio! (*A los sacerdotes*). ¡Saquen afuera a este impostor! ¡Arrojen al fuego a su madre, la serpiente!

Los Sacerdotes 1 y 2 sacan a empellones al hijo de la serpiente.

Akhen.- ¿Quién es el segundo? ¿Traerán finalmente a mi presencia al que debe, por derecho ser ungido e iniciado? ¿Traerán al que busca dentro de sí mismo el brillo de la luz? (*A los sacerdotes*). En verdad les digo que una venda cubre sus ojos y no han aprendido a distinguir todavía los colores del iris. ¿Dónde está Apolonio?

Sacerdote 1.- ¿Hablas de Apolonio de Tiana?

Akhen.- De él hablo...

Sacerdote 2.- Todavía no ha llegado su turno y el tiempo se agota...

Akhen.- Que pase el segundo postulante.

El Sacerdote 2 facilita la entrada del hijo de la serpiente, que retorna ahora cubierto con una reluciente capa blanca, que le cubre todo el cuerpo. También en este caso, le acompaña la serpiente.

Akhen.- ¿A qué has venido? ¿Qué buscas en este templo?

El hijo de la Serpiente.- Busco la Sabiduría.

Akhen.- Esa es una búsqueda muy sensata. No me puedo oponer a tu deseo, siempre que anide la sinceridad en tu corazón.

Akhen.- ¿Quién eres?

El hijo de la Serpiente.- Mi nombre es Apolonio. Apolonio de Tiana.

Akhen.- (*Aparte*). Confusa está mi alma. Dice ser Apolonio... Blanca es su capa... pero no sé qué se oculta detrás de ese brillante tejido. ¡Desconfía de todos, Akhen! ¡Desconfía de la serpiente que le acompaña! (*Al hijo de la serpiente*). Dime, ¿quién es dios?

El hijo de la Serpiente.- Zoroastro cree que Ahura Mazda es el dios todo poderoso y que opuesto a él existe Ahrimán, un demonio. Aún los hombres más sabios creen en la existencia de al menos dos dioses rivales: uno que hace las cosas buenas y otro responsable de las cosas malas. ¿Qué sabemos los hombres sobre la verdadera naturaleza de los dioses?

Akhen.- (*Enérgico, casi violento*). Dime ahora, farsante: ¿Qué buscas en el Egipto? ¿Por qué llamas a las puertas de este templo de Abidos? ¿Qué hace junto a ti la inmunda bestia?

El hijo de la Serpiente.- ¿Llamas inmunda bestia a mi madre? ¡No ha nacido aún el hombre que la humille delante de mí! Cara pagarás tu osadía, viejo. (*Saca su espada de la vaina. La Serpiente intenta inútilmente detenerlo, disuadirlo*). ¡Busco el poder y la gloria y tú, no impedirás que lo tome a la fuerza!

El hijo de la Serpiente avanza resuelto y blande su espada. Enfrenta violentamente al Gran Sacerdote. El Gran Sacerdote lo desarma, con un simple giro de su mano. La espada vuela por los aires.

Yace en el suelo, muerto, el hijo de la Serpiente.

La Serpiente.- ¡Hijo mío! ¿Cómo no llorar con dolor tu temprana muerte? (*A Akhen*). ¡No has silenciado una voz: has destrozado un sueño! Maldigo a los viejos dioses del Egipto. Vacíos que-

darán estos templos. Dioses extranjeros ocuparán estos soberbios altares. Pero tú, hijo mío serás recordado con piedad. Y un día tu lucha fructificará. El basilisco y el áspid adornarán las grandes basílicas y catedrales del futuro. ¡Nada podrás hacer para impedirlo, esclerótico Akhen!

Akhen.- Arrojen al fuego a esas bestias.

Los sacerdotes sacan a rastras el cuerpo del hijo de la Serpiente. Detrás, zigzagueante, se retira su madre, vencida.

Kheraton.- Ya lo ves, Gran Sacerdote. Es inútil. Es tarde. Debemos dar por concluido este cansado día. Si los dos primeros postulantes no fueron dignos de ser admitidos, el tercero tampoco lo será.

Sacerdote 1.- No recibas al tercer postulante. Es indigno, Gran Sacerdote.

Kheraton.- No lo recibas, señor.

Akhen.- (*A Kheraton*). A nadie puedo rechazar sin haberle escuchado primero. ¿A quien puedo condenar sin permitirle que se defienda?

Kheraton.- Gran Sacerdote, el hombre del que hablamos es un impostor. Los que le siguen dicen que es un dios. El nada hace para contradecirles. No podemos permitirle que participe en los ritos de iniciación.

Sacerdote 1.- Gran Sacerdote, el hombre del que te hablamos es un mago, es un hechicero. Piensa que los colores ejercen extraños influjos sobre el cuerpo y la mente de los hombres. Prohibida está la magia por el emperador Nerón: sus huestes no respetarán la santidad del templo si lo acoges.

Akhen.- ¿No sabes, acaso, que Isis es la más grande de las magas? ¿Por qué razón condenas tú la magia?

Sacerdote 2.- Gran Sacerdote, el hombre del que te hablamos no sabe realmente lo que busca, es un descarriado. Tuvo relación con los magos de Babilonia, con los brahmanes de la India y con los sabios desnudos de Etiopía, llamados también Gimnosofistas.

Akhen.- (*Aparte*). Entonces es él. Es el incansable buscador de la verdad. (*A los sacerdotes del templo*). Que entre ese hombre. Que exponga ante mí su verdad.

Entra Apolonio. Sus vestidos son blancos y majestuosos. Su pelo largo, abundante, al igual que su barba. Está descalzo. Habla con autoridad.

Apolonio.- (*Al público*). A la primera hora, los demonios entonan en conjunto alabanzas a dios, pero ellos solamente piden maldad, porque la ira y la envidia los carcome.

Kheraton.- ¿Hablas acaso, por nosotros? ¿Nos llamas demonios? ¿No reconoces en estas vestiduras nuestra condición de ungidos?

Apolonio.- (*Al público*). La hora segunda corresponde a la dualidad. Se puede estar ungido y albergar en el seno una ponzoña. Los peces del zodiaco también alaban a dios y las serpientes ígneas se enrollan sobre sí mismas para formar un caduceo. Hasta la voz del relámpago puede sonar armoniosa.

Kheraton.- (*Al Gran Sacerdote*). ¿Debemos seguir escuchando a este hombre? Parece un loco y desvaría...

Sacerdote 1.- Los tres hemos testificado ante ti, Gran Sacerdote, pero no has escuchado nuestras voces. Nos purificaremos ahora con el humo que brota de los pebeteros, para librarnos de culpa...

Los tres sacerdotes encienden el fuego y colocan perfume en los pebeteros.

Apolonio.- *(Al público).* A la tercera hora, las serpientes del caduceo de Hermes se entrelazan tres veces. Cerbero muestra su triple lengua y el fuego entona alabanzas a Dios por las tres lenguas del relámpago.

Akhen.- *(A Apolonio).* Dime, ¿Quién eres?

Apolonio.- Yo soy Apolonio de Tiana. La diosa me ha llamado. El tiempo está cumplido para ti. Tu viejo cuerpo podrá descansar muy pronto en la paz de Osiris.

Akhen.- ¡Bendita seas Isis! ¡Tu profecía se ha cumplido! No se necesitan más preguntas. Ha llegado el que esperábamos con ansiedad. Late de alegría nuestro corazón.

Apolonio avanza majestuosamente. Abre él mismo las puertas del templo y entra. Cierra las puertas detrás de sí. Los sacerdotes lo contemplan embelezados. Entonces, el Mendigo atraviesa el escenario. Lleva una lámpara y grita.

Mendigo.- A la hora quinta, la voz de las grandes aguas entona alabanzas al dios de las esferas celestiales...

Telón

Escena XII

En una plaza de Atenas.

Griego 2.- ¿Entonces toda la riqueza que tomaron tus manos codiciosas se desvaneció como el viento?

Griego 1.- No me queda un centavo. Eso fue una cosa de locos. Yo mismo no logro explicarme qué hice con toda esa fortuna. Simplemente se me escapó de las manos...

Griego 2.- Pero... ¿lo disfrutaste?

Griego 1.- Sí. Pero ahora me siento irremediamente pegado al recuerdo de esos intensos momentos... y eso me causa dolor. ¿Cómo puede ser el placer algo tan efímero y escurridizo...? ¿Y tú, por cuánto tiempo lograste mantener el voto de silencio?

Griego 2.- Durante tres años seguidos permaneció muda mi lengua. Fui en busca de Apolonio hasta Etiopía. Pregunté por él en Alejandría. Fui a Roma, pero cuando llegué Apolonio ya había partido...

Griego 1.- ¿Entonces, no lo has visto? ¿Jamás hablaste con él?

Griego 2.- Jamás.

Griego 1.- ¿Es verdad que en Roma desapareció frente a los que lo juzgaban? ¿Es verdad que desapareció ante los ojos del propio emperador?

Griego 2.- En eso concuerdan todos los romanos que estuvieron presentes durante el proceso.

Griego 1.- ¿De qué le acusaban?

Griego 2.- Los antiguos adivinos griegos auscultaban el futuro examinando las vísceras de aves sacrificadas. Dijeron que Apolonio había abierto las entrañas de un joven, para predecir cuál será el nuevo emperador de Roma. Sin embargo, nunca apareció el cuerpo del joven supuestamente asesinado... Ninguna prueba tuvieron los romanos en su contra.

Griego 1.- ¿Dónde está Apolonio? Nadie lo ha visto desde el juicio en Roma...

Griego 2.- Algunos dicen que ha muerto. Otros afirman haber estado presentes cuando se elevó hasta los cielos y desapareció entre las nubes.

Griego 1.- No morir. Ser inmortal. Alcanzar el pleno dominio y el clímax del gozo del éxtasis espiritual que produce el contacto con los dioses... ¿Dónde está Apolonio? ¿Tienes alguna pista? ¿Algún leve rumor?

Griego 2.- ¿Tú, el incrédulo?

Griego 1.- A lo mejor... nunca se sabe... Si lo viera quizá correría tras él...

El mendigo atraviesa el escenario. Lleva una lámpara y grita. Detrás del mendigo, van los Griegos. Se afanan por ser vistos, por ser reconocidos. Quieren preguntarle dónde está Apolonio. El Mendigo avanza como un hombre que ha sido poseído por el espíritu...

Mendigo.- A la primera hora, los demonios entonan en conjunto alabanzas a dios, pero ellos solamente piden maldad, porque la ira y la envidia los carcome. La hora segunda corresponde a la dualidad. Se puede estar ungido y albergar en el seno una ponzoña. Los peces del zodiaco también alaban a dios y las serpientes ígneas se enrollan sobre sí mismas para formar un caduceo. Hasta la voz del relámpago puede sonar armoniosa. A la tercera hora, las serpientes del caduceo de Hermes se entrelazan tres veces. Cerbero muestra su triple lengua y el fuego entona alabanzas a Dios por las tres lenguas del relámpago. En la cuarta hora, el alma regresa la vista hacia los túmulos. En ese momento, las cuatro linternas mágicas de los cuatro cantos del círculo son encendidas. Esta es la hora de los encantamientos y de las ilusiones. A la hora quinta, la voz de las grandes aguas entona alabanzas al dios de las esferas celestiales...

El mendigo abandona el escenario y detrás de él, salen los griegos.

Telón

Escena XIII

El templo de Abidos. En la cripta sombría y desnuda. Entran los sacerdotes con cirios encendidos. Entre ellos, avanza Apolonio. El Gran Sacerdote los espera, sentado en su trono.

Los Sacerdotes 1 y 2 avanzan cubiertos con capuchas y salmodian solemnes:

Sacerdotes 1 y 2.- En estas criptas desnudas y sombrías
Apartado de la luz, aislado de los vivos
Aprenderás a separar el espíritu de tu cuerpo.
Te invadirá el calor y tu alma-pájaro
Revoloteará en los pozos de las mastabas.

Los Sacerdotes colocan los cirios en grandes candelabros de pedestal. Después levantan sus capuchas y dejan sus rostros al descubierto.

Akhen.- Despójate Apolonio de tus mundanos vestidos. Toma esta toga alba y abraza con alegría tu nuevo estado.

Los Sacerdotes desnudan a Apolonio y lo cubren con la toga blanca entregada por el Gran Sacerdote.

Sacerdotes 1 y 2.- Gracias sean dadas a Isis, la madre; a Osiris, el padre y Horus el hijo.

Akhen.- ¿Dime, Apolonio, a qué has venido a este templo de Abidos?

Los Sacerdotes 1 y 2 le entregan a Apolonio un papiro, para que lo recite.

Apolonio.- (*Lee el papiro*). Después de haber santificado previamente mi cuerpo y de haberme abstenido de los placeres de la carne y de toda impureza, me he vestido con esta toga blanca de lino virgen. He dejado crecer mi cabellera, sin que el filo de una navaja lo haya jamás tocado. He observado durante cinco años el voto del silencio. Así, justificado como un niño, me acerco hasta este templo para ser iniciado en los ritos de la resurrección. (*Devuelve el pergamino a los Sacerdotes*).

Akhen.- (*Se levanta de su trono y toma el aceite ritual*). Con el aceite he de ungir tus manos, tu boca y tus oídos.

Unge con aceite a Apolonio.

Akhen.- Quema ahora el incienso ante la sacratísima trinidad.

Apolonio quema el incienso frente al altar.

Sacerdotes 1 y 2.- Gracias sean dadas a Isis, la madre; a Osiris, el padre y Horus el hijo.

Akhen.- Dime, Apolonio ¿con quién habrá de fundirse tu espíritu, por toda la eternidad? Abre tu corazón a Osiris.

Los Sacerdotes 1 y 2 le entregan a Apolonio un papiro, para que lo recite.

Apolonio.- (*Lee el papiro*). Yo te tendré como un amado padre, gran Osiris. Ven, señor bendito, rey de los cielos y de la tierra, cuya justicia no descansa. Llega hasta mí. Desciende desde lo alto del cielo y funde mi espíritu con el tuyo, a fin de que yo sea tú y tú seas yo. Entra en mi pensamiento y en mis órganos vitales durante todo el tiempo de mi vida. Que se cumpla en mí tu sacratísima voluntad.

Akhen.- Al acostar tu cuerpo sobre el altar de piedra, medita Apolonio en el símbolo de la muerte. Morirás para el mundo y te entregas en cuerpo y alma al único santo, al único verdadero, al innombrable.

Apolonio se acuesta sobre el altar. Los Sacerdotes 1 y 2 colocan en sus ojos una banda negra.

Akhen.- Coloco sobre tus ojos esta banda negra, bendecida por Isis, porque no es lícito a los ojos de los hombres contemplar frente a frente la majestuosidad de los dioses.

Sacerdotes 1 y 2.- Gracias sean dadas a Isis, la madre; Osiris, el padre y Horus el hijo.

Akhen.- Este es el gran momento. Si tu corazón está limpio de pecado y tu vanidad no pesa más que el plumón de un tierno pajarillo, descenderá sobre ti la gracia divina. En un instante se abrirán ante tus extasiados ojos los más recónditos arcanos y tu gozo será indescriptible. Pero hay de ti, hay de ti, Apolonio, si los dioses te dieran la espalda. Ahora quedarás solo, frente a la trinidad.

Los Sacerdotes abandonan el recinto. Apolonio permanece inmóvil, acostado boca arriba sobre el altar de piedra.

La Serpiente entra y se enrosca.

La Serpiente.- ¿Y esto es todo? ¿Años y años de sacrificios, de privaciones, de austeridad... para finalmente contemplar la oscuridad? Aquí te han dejado, inmóvil sobre una fría plancha de piedra. ¿Esperas que se produzca el milagro? Palabras, palabras; fórmulas huecas; letanías interminables; liturgias intrascendentes. Mucho incienso, mucha mirra, puro humo insustan-

cial... ¿Dónde están los dioses prometidos? ¿Cuáles son en esencia los misterios? ¿Y el poder?

Apolonio.- Apártate de mí, hermana serpiente. No perturbes la paz de este supremo momento.

La Serpiente abandona el templo.

Un halcón negro revolotea sobre el altar. Se detiene en medio del aire y desciende. Se posa sobre el pecho de Apolonio. El halcón deja caer de su pico una piedra larga y remonta su vuelo. El halcón retorna, esta vez como un hombre que porta una máscara de largo pico. Llega caminando. Sus alas negras brillan. Se acerca al altar donde yace Apolonio. Se quita la máscara.

El halcón.- El señor dios te ha considerado digno de participar de este gran misterio. Recibe el espíritu del todopoderoso. Dispersa por el mundo el conocimiento del altísimo y prodiga a manos llenas la alegría y el gozo de vivir. Revive a los muertos, cura a los enfermos, levanta los velos que ocultan el futuro incierto. Cuando llegue tu hora no morirás. No necesitará tu cuerpo ser embalsamado. Como corresponde a un dios vigoroso vendré junto a ti, para elevarte en carne y en espíritu por los aires hacia las regiones celestes.

El halcón se retira. Hay una tempestad de rayos. En medio de una danza de luces y músicas inconcebibles, Apolonio es penetrado por la Divinidad. Experimenta, al mismo tiempo: intenso gozo y terror. Se produce la ruptura de lo físico y lo espiritual: el Apolonio-físico se aferra desesperadamente al Apolonio-espíritu, que finalmente logra liberarse. Después, todo queda en calma.

Apolonio-espíritu se levanta y toma la piedra: su cuerpo es vaporoso, luminoso, ingrávito. Sobre el altar de piedra permanece inerte el cuerpo físico del hombre-dios.

Apolonio.- Gracias señor dios todopoderoso. Recibo con humildad esta piedra de ónice, enviada por el propio Osiris. Ordenaré que la corten y tallen. Grabaré el sello y el nombre santo del dios sobre su pulida superficie. Una vez perforada, la colocaré alrededor de mi cuello, como preciado talismán.

Se escuchan voces desde adentro del escenario:

Voz del Sacerdote 1.- ¡Está muerto!

Voz del Sacerdote 2.- Anubis ha venido por él.

Voz del Sacerdote 1.- Que los dioses tengan piedad del Gran Sacerdote y lo reciban en su seno.

Apolonio se despoja de sus vestiduras, toma la raída túnica y la capa del mendigo y abandona la escena.

Telón